

PALABRAS PLÁSTICAS

Entrevista con Uwe Pörksen*

David Cayley

En el año de 1875, en un libro llamado *Meditaciones intempestivas*, Federico Nietzsche escribió un breve pasaje acerca de lo que llamó “la locura de los conceptos generales”. Este pasaje anticipa cuando menos el esbozo de la teoría de las palabras plásticas de Uwe Pörksen, y él lo cita abundantemente en su libro.

“En todas partes,” dice Nietzsche, “el lenguaje ha enfermado”. Cree que esta enfermedad es consecuencia de la presuntuosa ambición de la ciencia moderna, usando este término en su sentido amplio. “Para comprender los dominios del pensamiento”, dice Nietzsche, el lenguaje ha sido forzado “a trepar al más alto nivel que podía alcanzar” y en esta ambiciosa búsqueda de un mayor poder de generalización y abstracción ha sufrido una pérdida proporcional de vivacidad, concreción y correspondencia directa con nuestra experiencia. “En el breve espacio de la civilización contemporánea”, dice, “la fuerza del lenguaje se ha agotado por este es-

* Traducción de Laura López López

fuerzo excesivo”, con el resultado de que el lenguaje ya no puede expresar las simples alegrías y tristezas de la gente que sufre. “El lenguaje”, continúa

se ha convertido en todas partes en un poder en sí mismo, que ahora atrapa a la gente con brazos fantasmales y la fuerza a ir a lugares donde ni siquiera desea ir. Tan pronto como tratan de entenderse unos a otros y llegan a algún acuerdo, son atrapados por la locura de los conceptos generales.

“El hombre ya no es reconocible en el lenguaje”, concluye, porque el lenguaje ya no corresponde a sus “problemas actuales, sino únicamente a la vacuidad de esas palabras y conceptos tiránicos”.

Este pasaje es un fragmento aislado en el ensayo en el que aparece un breve bosquejo sin elaboración posterior, sin embargo es como buena parte de la obra de Nietzsche, extrañamente clarividente. Lo que tuvo que esforzarse en ver —habla de una condición “sólo oscuramente intuida”— debemos ahora esforzarnos en no advertirlo como un lenguaje lóbrego, inepto y refractario.

Uwe Pörksen trata de analizar esta condición con su concepto de *palabras plásticas*. Las palabras plásticas encarnan la ambición de trepar al más alto nivel de abstracción del que habla Nietzsche. El término *desarrollo*, por ejemplo, cuando se aplica a sociedades enteras se refiere a un proceso de transformación total sin límite; no hay nada que no pueda ser desarrollado y, consecuentemente, nada que no sea desarrollo. Pörksen cree que tales palabras se extienden como una mancha de aceite, cubriendo todo el campo de su aplicación con una delgada película de connotaciones, y mientras más se extienden, más difuso se vuelve su significado.

Las palabras plásticas, dice Pörksen, no tienen forma, sabor o textura: no evocan un lugar particular, ni una historia particular. Como la sustancia a la que nombran, son tanto maleables como inertes. Y tienen dos grandes efectos: el primero es que convierten a la sociedad en un laboratorio, al determinar un estado de cambio permanente y autorizar la hegemonía de los expertos y los profesionales, quienes dirigirán ese cambio. Palabras como *rol*, *modelo*, *factor* y *tendencia*, todas en la lista de Pörksen, son como moldes en los cuales la sociedad y las personas son

rehechas una y otra vez adquiriendo nuevos *roles*, adoptando nuevos *modelos*, siguiendo nuevas *tendencias*.

El segundo gran efecto es que empañan el intercambio ordinario y las palabras ordinarias de las cuales depende. Fuera de estas construcciones imperiosas y universales, simplemente vivir, o simplemente hablar sin ninguna intención de alterar o mejorar lo que uno habla, parece vil y quizás un poco irresponsable —después de todo, ¿no deberíamos estar “comunicándonos”, comprendiendo nuestra “sexualidad”, evaluando nuestras “necesidades”, adaptándonos a las “tendencias” en boga, o lo que fuere?

He estado fascinado por la teoría de las palabras plásticas de Uwe Pörksen desde la primera vez que oí de ella. Leí su libro en una traducción no publicada y su acercamiento me parece mucho más útil y analíticamente pertinente que lo que usualmente se llama “crítica del lenguaje” y que a menudo significa poco más que fastidiar a la gente por su negligente desatención de las reglas gramaticales y las sutilezas sintácticas apreciadas por los críticos.

Recientemente me encontré con Uwe Pörksen en casa de la historiadora Bárbara Duden, en la ciudad alemana de Bremen. Ahí grabamos la entrevista de la que surgió este programa. Empezó diciéndome dónde se originó la idea de las palabras plásticas: en una conversación con su amigo Iván Illich.

Uwe Pörksen. Pasamos un año en el mismo lugar, el *Wissenschaftskolleg*, Instituto de Estudios Avanzados, en Berlín. Iván estaba muy interesado en algunos ensayos que yo había escrito sobre la historia del lenguaje de la ciencia. Había escrito ensayos sobre el lenguaje de Lineo y Goethe, de Darwin y de Freud. Lo que me interesaba era cómo estos escritores tomaron palabras de origen coloquial, les dieron, en su contexto científico, un significado científico especial, y cómo estas palabras regresaron después al lenguaje coloquial.

Y ahí tuvieron una gran carrera. Actuaron como claves, como palabras clave en muchas esferas. Tuvieron, por ejemplo, una carrera política. Las palabras clave de Darwin, “lucha por la vida”, “selección natural”, tuvieron una carrera peligrosa, particularmente en Alemania.

Pero es muy interesante también observar cómo las expresiones que acuñó Freud en su contexto científico se han desviado, cambiado y desarrollado en el habla común.

Iván me preguntó: ¿podrías bosquejar la línea en el presente? Hablemos de este fenómeno en las últimas dos o tres décadas. Cómo actúan en nuestro tiempo las palabras, las cuales también han sido tomadas del lenguaje coloquial, acuñadas por la ciencia y después devueltas.

David Cayley. Pörksen emprendió esta investigación con reticencia, "Describir la inhabilidad de lo vernáculo", dice en la introducción de su libro, "tiene algo de depresivo. No siempre ha sido posible acercarse a ello sin ponerse a sudar y sentirse mareado".

Sin embargo, ponderó este "tema terrible", como lo llamó, y una de las cosas que advirtió fue la manera en la cual las palabras plásticas estaban haciendo posible la indeseable transformación de su amada ciudad de Freiburg y de la añeja región vitivinícola que la circunda. Se estaba desarrollando a la ciudad de Freiburg, de cerca de 900 años de antigüedad, y se procedía a racionalizar la producción de vino en sus alrededores, bajo la batuta de un documento titulado "Programa para un Plan de Utilización del Espacio".

Pörksen observó el modo en que palabras como *estructura, servicio y sistema* lograban, como un alfarero que prepara el barro, ablandar la realidad existente en la ciudad y hacerla manejable. El vocabulario de la planeación, advirtió, despojaba a las cosas de su particularidad, de su especificidad, y las trasladaba a un espacio homogéneo y universal, donde podrían ser más fácilmente manipuladas.

Y hubo otros incidentes que lo convencieron del poder de las palabras plásticas, como una reunión a la que asistió en la pequeña ciudad de Tepoztlán, en México.

Uwe Pörksen. Yo no era muy bueno en español y estaban hablando acerca de desarrollar su país. Sin embargo, era muy fácil entender lo que decían porque sólo había 10, 15 palabras que reincidían, que se repetían: *modernización, proceso, progreso, crisis, estructura, sistema*, y así por

el estilo justamente las palabras en las que estaba interesado. Entonces pensé: éste es el código básico de esta gente y señala las líneas que seguirán en el futuro. Es peligroso.

Otra cosa que ocurrió fue que encontré unos periódicos que un tío mío, hermano de mi padre, había acumulado en los años treinta, durante la época nazi. Vivía en una ciudad que conocí muy bien y recortaba artículos y los coleccionaba. Lo que leí parecía como una malla colocada sobre las cabezas de la ciudad. Era muy extraño, porque no había conexión entre lo que vemos como la realidad de 1934 ó 1935 y la descripción de ella en los periódicos de ese tiempo. Entonces pensé: quizás estamos viviendo de una manera muy similar, en una nube de palabras que determinan nuestra conciencia y no lo advertimos.

En mi opinión, la época nazi es un ejemplo de que la gente sigue el lenguaje, las palabras, los lemas —una interpretación idiota de la palabra que sólo existe porque existe esta red, estos puntos nodales de palabras clave que explican la historia y el presente para ellos.

David Cayley. La convicción de Pörksen sobre el poder del lenguaje creció y se convenció cada vez más de que las palabras que estaba estudiando, inmigrantes de la ciencia en el habla de todos los días, constituían una clase distinta y definible. No eran lemas, palabras domingueras, argot o alguna de las más obvias manifestaciones de la inflación verbal moderna, sino algo menos impuesto. La palabra de moda más reciente puede advertirse y a menudo es denunciada ruidosamente. El argot, por ejemplo, es algo detestable hasta para quienes lo usan, sin embargo, necesidades, sexualidad o valores se instalan cómodamente en el habla contemporánea, donde difícilmente son percibidas.

Pörksen emprendió la tarea de definir este fenómeno de las palabras plásticas, más alusivo y persuasivo de lo que habían advertido la mayor parte de las críticas del lenguaje previas.

David Cayley. Una imagen compuesta, un retrato hablado.

Uwe Pörksen. Una imagen compuesta, eso es lo que traté de formular.

Y al principio no sabía, ¿cómo podía describir este tipo de palabras que, según me parecía, eran como un nuevo código, un conjunto de no sé cuántas palabras que se usaban de un modo muy especial en nuestro lenguaje coloquial? Palabras como *comunicación*, *energía*, *sexualidad*, *información*, *modernización*, *entwicklung* —es decir, *desarrollo*. Entonces súbitamente tuve la idea de sólo bosquejar esta imagen compuesta y, punto por punto, tratar de decir que estas palabras tenían algunas características por las que podían ser aisladas. Por ejemplo: se derivan de la ciencia; son muy abstractas; tienen un amplio contenido, un amplio campo de significados. Sexualidad, por ejemplo, es muy extraña porque puede usarse para muchas formas de relación.

Hace un año un famoso científico alemán, el presidente de la *Deutsche, Forschungs-gemeinschaft*, dijo: “El lenguaje es la sexualidad de la cultura humana”. Es una suerte de disparate, pero es posible decir eso y que la gente piense que entiende algo. Por lo tanto, éstas eran algunas de las características. Traté de desarrollarlas y al terminar había reunido 30 de estos criterios.

David Cayley. Uno de esos criterios es que las palabras plásticas tienen un amplio poder de connotación y ningún poder de denotación preciso. “Denotación” se refiere aquí a lo que la palabra designa efectivamente; “connotación” a todos los sentimientos y asociaciones que evoca. Las palabras plásticas, como lo ha expresado Iván Illich, “hacen olas, pero en realidad no le pegan a nada”. Pörksen desarrolló el punto extensamente en su libro, escogiendo una palabra clave de lo que en el tiempo que escribió era Alemania Occidental, y una del Este.

Uwe Pörksen. Traté de analizar la palabra *entwicklung*, desarrollo, como era usada en la RDA, en Alemania Oriental, que en aquel tiempo era un Estado. Conseguí muchos artículos y textos de allá y visité algunas veces la pequeña ciudad de Weimar. Hice muchas observaciones, entre ellas que era una palabra que se usaba en cualquier contexto. Recuerdo una vez que visité un museo en Weimar y en dos oraciones se usó cinco veces esta palabra. Era como un gruñido: no decía casi nada;

sólo decía: movimiento que va de abajo hacia arriba —no más— un sentimiento casi vacío, pero tenía una amplia connotación. Era una palabra muy positiva; era aceptable para todo. Tenía que ser aceptada.

Era también una palabra muy útil en un *diktatur*, ya que todo aquel que no aceptaba el desarrollo era un enemigo del Estado. Comparé mi descripción de esta palabra con mi descripción de sexualidad en Alemania Occidental y el sorprendente resultado fue que los caracteres principales de la descripción eran los mismos.

David Cayley. De modo que tú podrías repetir la frase del presidente de la *Deutsche Forschungsgemeinschaft* y decir: “El desarrollo es la sexualidad de la RDA”.

Uwe Pörksen. Tienes razón. Podría haber usado ese ejemplo.

David Cayley. Hablaste de tus primeros estudios acerca de cómo las palabras van del habla coloquial a la ciencia y regresan otra vez. A medida que empezaste a tener una definición más precisa de la clase de las palabras plásticas, ¿qué percibiste como las implicaciones de este viaje por la ciencia? ¿Qué efecto tiene esto en la persona que usa la palabra?

Uwe Pörksen. Como lingüista, uno diría: si uso una palabra de nuestro lenguaje coloquial, puedo usarla con varios significados. Si uso la palabra amor, o amistad en un contexto, significará esto; en otro contexto quizás tenga un significado ligeramente diferente. Cuando aplico una palabra como sexualidad a mí mismo —“No he logrado aceptar mi sexualidad”, por ejemplo— uso una palabra que es como un ladrillo, un ladrillo que es casi un estereotipo. Y esta palabra implica que hay una esfera donde hay expertos a quienes puedo preguntar: ¿qué pasa conmigo?

Lo mismo es cierto si usas la palabra desarrollo. Por ejemplo, en ese tiempo en Alemania Oriental había un grupo de expertos que habían definido lo que era y tenía que ser el desarrollo. Pienso que éste es uno de los

criterios para estas palabras. En el habla coloquial pierdo el poder de definición; una palabra es definida en otro lugar y yo pierdo el poder de darle diferentes significados o de agregarle matices y sombras.

David Cayley. Y tú dices que así como pierdo el poder de definir lo que quiero decir con tal palabra, también invoco a alguien que sabe más que yo.

Uwe Pörksen. Sí, alguien que está arriba de mí, que es...

David Cayley. De esa manera me coloco en una jerarquía.

Uwe Pörksen. Sí. Así es como actúan esas palabras. Hay un famoso discurso de Max Weber, uno de los que impartió a sus estudiantes de Heidelberg en 1919, después de la Primera Guerra Mundial. Dijo:

Nuestra situación moderna es ésta: ninguno de nosotros puede explicar cómo funciona un tranvía. Pero vivimos en la creencia de que podemos obtener el conocimiento de alguien, de algún experto. Es lo mismo con esas palabras; son como tranvías rodeando de un lado a otro en nuestro lenguaje, y hay gente, hay esferas donde puedes preguntar ¿cuál es el significado de esas palabras?

David Cayley. Cuando alguien usa una de esas palabras, ¿qué le sucede? ¿Qué hace por él la palabra cuando la usa?

Uwe Pörksen. Se define a sí mismo como un cliente; un cliente de los expertos sexuales, un cliente de los expertos de la modernización; ésa es una cosa. Pienso que quizás lo más importante es que el uso de esas palabras le da una forma ajena de autopercepción.

La gente aprende mediante palabras como comunicación: soy un hombre, un ser humano que se comunica, que tiene que ser informado, que tiene que ser desarrollado, que tiene que ser modernizado, que es un sistema de energía circulante. La sexualidad es una forma especial de energía

que circula en mi sistema. Esta es la forma de autopercepción ajena, la cual aprendo cuando consiento en usar estas palabras, en su sentido popular.

David Cayley. ¿Le confiere también algún beneficio al usuario, en el sentido de que ahora siente que habla de manera seria?

Uwe Pörksen. Sí, eso creo. Pienso que da cierto prestigio usar palabras como comunicación e información. Son palabras aceptadas en todas partes. Suenan científicas. Si las usas demuestras que perteneces al imperio, que perteneces a la iglesia romana.

David Cayley. ¿Qué efecto tienen las palabras plásticas en otras palabras?

Uwe Pörksen. En Alemania decimos: “*Sie sehen alt aus*”, “se ven viejos”. Los adolescentes, al hablar entre ellos, dirán: “*Er sah plötzlich alt aus*” —súbitamente se vio viejo; miró hacia atrás. Y eso es lo que pienso que ocurre. Esas palabras son un poquito eléctricas. Hay una sugestión de modernidad, de éxito, o de una manera de pensar positiva. Das la impresión de vivir en la vanguardia.

David Cayley. Otro de tus criterios para definir las palabras plásticas es que eliminan o desplazan a sus sinónimos, de manera que las formas precisas de hablar caen en desuso. ¿Es correcto?

Uwe Pörksen. Sí. Puedes observarlo en las cosas que ahora se señalan mediante palabras como sexualidad o comunicación. Hay muchas palabras que podrías usar también. Creo que podría decirte muchas palabras que es posible usar en Alemania en lugar de comunicación: *geschwätz, rede, gespräch, unterhaltung, klausch* —muchas palabras. Donde la palabra comunicación está de moda, las otras desaparecen.

Es lo mismo que parece ocurrir en la agricultura. Ahora sólo hay un tipo de arroz, de maíz, de tomate, en una región donde hace 20 ó 30 años

se usaban muchos tipos diferentes. Eso parece ocurrir en cierto grado en el lenguaje.

David Cayley. ¿De modo que se podría hablar de una reducción de la diversidad lingüística, así como se habla ahora de la diversidad biológica?

Uwe Pörksen. Sí. Hay una reducción. Este código internacional de 30 ó 40 palabras —sirvientas que sirven en cualquier momento— desplaza muchas expresiones muy finas, *verbum proprium o mot juste*. Estas expresiones parecen desvanecerse.

David Cayley. En el capítulo final de su libro, Uwe Pörksen usa el término matematización para describir la colonización del habla cotidiana por los nuevos ricos, ahijados de la ciencia, a los que él llama “*palabras plásticas*”. Usa el término no porque las palabras plásticas sean precisas matemáticamente —más bien lo opuesto—, sino porque comparten el carácter abstracto, flexible, ahistórico de los números, buscando más allá de las peculiaridades de las cosas sus atributos regulares, repetibles y universales.

En su capítulo sobre la matematización, Pörksen cita dos sorprendentes paralelos de esta idea. El primero es la historia de la lingüística del siglo XX, de Ferdinand de Saussure a Noam Chomsky, que cada vez más ha visto las palabras como elementos arbitrarios de un código. El segundo es la “neohabla”, el lenguaje paródico inventado por George Orwell en su novela *1984*. La idea de la neohabla, dice Pörksen, surge del encuentro de Orwell con algo llamado “*Inglés Básico*”. Fue un intento de crear una lengua franca internacional mediante la simplificación del inglés, y fue descrito por vez primera por su inventor, C. C. Ogden, en un libro publicado en 1930.

Uwe Pörksen. Ogden publicó este “*Inglés Básico*” —creo que 850 palabras—, un pequeño léxico, únicamente palabras utilizables en muchos contextos y se aficionó mucho a este proyecto. Estaba muy interesa-

do en él y trató de usar este inglés básico. Estaba trabajando como periodista durante la Segunda Guerra Mundial, escribiendo reportajes y observando lo que estaba sucediendo en la guerra entre el Reino Unido y Alemania.

Orwell en el curso de su trabajo advirtió el modo peligroso y hasta satánico en que actúa tal lenguaje reducido. Durante ese tiempo elaboró su utopía pesadillezca, *1984*, y escribió las reglas de lo que llamó “neo-habla”.

Cuando traté de formular mis palabras plásticas, de describirlas, no pensé en *1984*. Hacía mucho que había leído este libro y en ese momento no pensé en él. No sé cómo lo recordé. Pensé que alguien decía: busca ese libro y lee cómo describe el lenguaje de *1984*, y había tantos paralelos que me sorprendí.

Lo principal para mí es que es un lenguaje reducido. Es un lenguaje flexible: las partes pueden ser combinadas de muchas maneras; son como ladrillos flexibles, como el Lego. Son ahistóricas. La historia ha desaparecido. No evocan momentos locales e históricos.

David Cayley. Una de tus interesantes observaciones acerca de las palabras plásticas es que no sólo desplazan a los sinónimos, sino que podrían desplazar también al silencio.

Uwe Pörksen. Sí. Son como una luz que parece llegar a cualquier lugar. No tienen sombras. No sé por qué, pero me parece que no tienen sombras. La palabra modernización parece significar que no debe haber sitio alguno donde la modernización no tenga lugar; *comunicación*, donde la comunicación no tenga lugar; *sexualidad*, donde ésta no tenga lugar. Estas palabras son como un imperativo, como una orden. Sí, tienen tal luz expansiva.

David Cayley. Estoy interesado también en tu imagen de los ladrillos. Pareces estar diciendo que éstas son palabras que tienen más una función que un contenido. De manera que puedes tomar un grupo de estas palabras, ponerlas como oración inteligible, o aparentemente inteligible, la

mayor parte del tiempo. Así que “la educación es un proceso de comunicación”, ¿no?

Uwe Pörksen. Sí, tienes razón.

David Cayley. Pero la comunicación también es un proceso de educación.

Uwe Pörksen. Eso es exactamente lo que iba a decir. Y otra cosa que es interesante en este contexto: puedes tomar cinco de estas palabras y combinarlas con el vocabulario experto de cualquier esfera, quizás de la agricultura o de la salud. Tomas palabras como *educación, desarrollo y proceso*, las combinas con palabras de la esfera de la medicina, la salud o la agricultura, y entonces tienes un modelo de una nueva realidad.

De esta manera puedes convertir una ciudad en un laboratorio; puedes convertir un instituto en un laboratorio. Diles que un proceso tiene que continuar, un proceso de comunicación, un proceso de modernización, un proceso de información. El presidente del estado alemán en que vivo —*Bade Württemberg*—, Lothar Spath, escribió un libro en el cual dijo que somos una “sociedad de información”. Esto fue un año antes de que comenzara la propaganda para crear esta sociedad de información y pienso que las palabras fueron los jinetes de avanzada, los líderes de este proceso. ¿Es claro?

David Cayley. Sí. De hecho, en el libro dices que las palabras son canales que corren delante de la historia.

Uwe Pörksen. Sí.

David Cayley. ¿Entonces tú ves a estas palabras como si estuvieran creando verdaderamente un espacio mental en el que ciertas cosas se vuelven posibles?

Uwe Pörksen. Sí. Me parece que estas palabras son poderosas. Crean

un área limpia para el cambio, para nuevas estructuras, para nuevos sistemas, para un cambio de estructuras (ésta es una de esas palabras).

David Cayley. ¿Cuándo dices “crean un área limpia” quieres decir que la despejan?

Uwe Pörksen. Sí. La hacen casi una *tabula rasa* donde puedes construir ciudades Lego, instituciones Lego, educación Lego. Hacen desaparecer la historia. Es por ello que cuando los textos de la planeación de la ciudad de Freiburg, la ciudad en que vivo, o de la agricultura, o los planes del presidente de nuestro estado para crear una sociedad de información y veo cuán similarmente fueron construidos estos textos, por un lado me parecen ridículos —quiero escribir una sátira— y por otro pienso que son atemorizantes.

David Cayley. Una de las cosas que Pörksen encuentra atemorizantes acerca de las palabras plásticas es la manera en que empañan y deshumanizan la experiencia ordinaria. Cuando el deseo es tragado por la sexualidad, o la conversación se convierte en comunicación, la vida privada misma tiende a desaparecer. Todos los actos se vuelven públicos e instancias ejemplares de algún principio más amplio; el dominio del habla coloquial o vernácula pierde su soberanía. Las palabras plásticas, de acuerdo con Pörksen, opacan y a menudo borran las divisiones entre la vida de todos los días y la esfera de la planeación, la administración y el conocimiento experto basados en la ciencia. Son, en este sentido, metáforas. Una metáfora como “el refugio del matrimonio”, una frase tradicional alemana, funde en una imagen dos realidades distintas y separadas.

Las palabras plásticas también vinculan dos dominios, pero con diferencia crucial: las metáforas revelan libremente su naturaleza —nadie imagina que el matrimonio es literalmente un refugio—, las palabras plásticas no.

Uwe Pörksen. Combina dos esferas que podrían ser —quizás debieran

ser— autónomas, en una sola expresión. Está la esfera de la ciencia, de la cual se derivan estas palabras, y la esfera de la vida cotidiana en la cual son usadas, y creo que hay una brecha entre estas dos esferas. O al menos podría haberla, o debería haberla. Me parece que lo interesante acerca de esas palabras es que no adviertas esa brecha. Pierdes la conciencia de que hay una brecha.

Puedes usar *sexualidad* aquí y allá, *desarrollo* aquí y allá, *comunicación* aquí y allá, *información* aquí y allá. Esas palabras actúan como puentes entre esas dos esferas al combinarlas, al dar la impresión de que no hay diferencia entre la esfera de la ciencia, por un lado, y la esfera de la vida cotidiana, por el otro. Los términos científicos son usados como herramientas sociales, y esto significa que la esfera social, la esfera de nuestra vida de todos los días, nuestra vida de ciudad, nuestra educación, es examinada de la misma manera que un científico examina sus fenómenos o sus objetos.

Los expertos usan estas palabras para trabajar en el mundo de la misma manera que lo harían en su laboratorio. De este modo, esas palabras son capaces de convertir nuestra vida social, y hasta nuestra vida familiar, en un laboratorio.

David Cayley. ¿Cómo definirías lo vernáculo? ¿A qué te refieres con el término vernáculo?

Uwe Pörksen. En mi libro y en esta conversación he usado la palabra en un sentido amplio, pero pienso que lo *vernáculo* podría describirse como un lenguaje con horizontes, limitados localmente; escuchas una voz individual, usas gestos; tienes un tono en la voz, eres concreto; no usas el poder; no dices “*Roma locuta est*” —“Roma ha hablado”. Eres simplemente coloquial.

Las palabras plásticas, por otra parte, son palabras que no se combinan con gestos, que no tienen ningún tono, ningún toque personal; son higiénicas, estériles, universales. Una palabra que se usa como un término de la física, como *información* o *energía*, debe ser una palabra con un significado universal. Esto por definición. Si se usa como herramienta so-

cial, si se usa en el contexto de la sociedad, crea uniformidad. La universalidad crea en la sociedad un cambio hacia la uniformidad.

David Cayley. Has identificado 30 ó 40 palabras plásticas. Parecería que cualquier época debe tener palabras especiales, palabras mayores que otras, palabras que Lewis Carroll llama “palabras maletín” —en las cuales pueden empacarse muchas cosas. Si observamos la Edad Media, estas palabras podrían ser términos teológicos. Quizás si tratáramos de definir sustancia nos tomaría 12 ó 20 páginas hacerlo. ¿En tu opinión en qué se diferencian las palabras plásticas de tales palabras?

Uwe Pörksen. Creo que el Imperio Romano ya tenía algunas palabras que se propagaron por medio de sus monedas. “*Pax Romana*”, por ejemplo. En cada provincia circulan monedas con una inscripción como ésa. “*Pax Romana*” fue una de las importantes: era una frase compacta que le decía a la gente que estaba viviendo en un gran imperio que significaba *pax, justitia, sanitas*, etcétera. Y en el periodo del que citaste “*sustantia*”, había términos filosóficos y teológicos que quizás fueron pensados como interpretaciones del mundo que tenían mucha autoridad. Sin embargo, pienso que estas palabras eran interpretaciones con autoridad, pero no, por definición, herramientas de cambio permanente. Las palabras plásticas son herramientas de cambio permanente sin límites. Son totalmente ilimitadas; no tienen horizontes; no tienen fronteras. Son un mandato de continuar.

Esto es, pienso, lo que hace la palabra *sexualidad*. Dice: una sociedad tiene que ser una sociedad sexualizada; es como una tarea para todos: mejorar la sexualidad, practicarla, etcétera. Es lo mismo con *desarrollo*; es lo mismo con *comunicación*, con *información*. ¿Por qué? Pero esto es lo que dicen esas palabras. Por lo tanto, creo que hay una gran diferencia entre este código moderno y los términos y abstracciones más antiguos que también fueron poderosos.

En el caso de “*sustancia*”, es una palabra que en muchos textos es clara, definida y precisa. Es una abstracción, útil en algunos —y quizás en muchos— contextos. Lo mismo puede ocurrir si quieres usar las palabras

plásticas. Una palabra como *comunicación* es útil si estás escribiendo un texto científico o escolar. Si estás haciendo una investigación sobre las abejas tienes que hablar de cómo se *comunican*. Necesitas una palabra abstracta. Y puedes usar las palabras *comunicación* o *comunican* de manera precisa. Por lo tanto, me gustaría decir que no son las palabras mismas las que deberían ser puestas en una lista. Cuando describo las palabras plásticas, me refiero a una cara del dado. Esta es la cara que se exhibe ahora mayormente, pero es sólo una, y hay contextos en los cuales éstas son buenas palabras.

David Cayley. ¿A qué te refieres al decir que las palabras plásticas transforman la historia en naturaleza o naturalizan la historia?

Uwe Pörksen. Son como anteojos que ven la realidad de una manera: la ven como un fenómeno natural; la ven como la vería un físico. Nada tengo contra la manera de ver de un físico, pero el problema es que, por medio de estas palabras, aprendemos a ver la sociedad como el físico y de ese modo cambiamos a la propia sociedad.

David Cayley. A veces tu libro parece tener un matiz apocalíptico y, obviamente, en la medida en que las palabras plásticas naturalizan la historia representan el fin de la historia, y en un sentido aún más aterradorante, el fin de la experiencia. Pero cuando hablo contigo veo que también tienes un saludable respeto hacia el poder y las posibilidades de la resistencia.

Uwe Pörksen. Sí. Si pienso en la ciudad en que vivo, en el país en que vivo, en mi familia, mis hermanos, etcétera, veo muchas cosas muy estimulantes: la gente joven, los jóvenes estudiantes con los que trabajo. Hubo un tiempo en que me sumergí en estos textos y leía día tras día los textos de los planificadores, de los publicistas, de los políticos; textos sobre cómo cambiar la maravillosa área vitivinícola alrededor de nuestra ciudad —cambiar en diez años montañas que no habían cambiado desde el Imperio Romano. Entonces uno no puede dormir. Uno suda. Parece que

la propia realidad desaparece, que la realidad ya no es más realidad. Pero esto es sólo un lado. Y a veces pienso que sería un ejercicio concentrarse en el otro lado; no quedarse en la sombra, sino mirar al otro lado.

David Cayley. Bueno, creo que con su existencia un libro como el tuyo implícitamente ve el otro lado.

Uwe Pörksen. Eso espero, sí, eso espero. Nuestra vida cotidiana entera está llena de situaciones en las que puedes usar una palabra o frase concreta, precisa, y de esta manera también poética. Así que pienso que la posibilidad de escapar del poder de estas palabras está ahí en cualquier momento, pero no es fácil.

